

LEONOR ARFUCH

EL ESPACIO BIOGRÁFICO
Dilemas de la subjetividad
contemporánea



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Introducción

La sola mención de lo “biográfico” remite, en primera instancia, a un universo de géneros discursivos consagrados que tratan de aprehender la cualidad evanescente de la vida oponiendo, a la repetición abrumadora de los días, a los desfallecimientos de la memoria, el registro minucioso del acontecer, el relato de las vicisitudes o la nota fulgurante de la vivencia, capaz de iluminar el instante y la totalidad. Biografías, autobiografías, confesiones, memorias, diarios íntimos, correspondencias dan cuenta, desde hace poco más de dos siglos, de esa obsesión de dejar huellas, rastros, inscripciones, de ese énfasis en la singularidad que es a un tiempo búsqueda de trascendencia.

Pero también, en la trama de la cultura contemporánea, otras formas aparecen disputando el mismo espacio: entrevistas, conversaciones, perfiles, retratos, anecdotarios, testimonios, historias de vida, relatos de autoayuda, variantes del *show –talk-show, reality show...*—. En el horizonte mediático, la lógica informativa del “esto ocurrió”, aplicable a todo registro, ha hecho de *la vida* —y consecuentemente, de la “propia” experiencia— un núcleo esencial de tematización.

Por su parte, las ciencias sociales se inclinan cada vez con mayor asiduidad hacia la voz y el testimonio de los sujetos, dotando así de cuerpo a la figura del “actor social”. Los métodos biográficos, los relatos de vida, las entrevistas en profundidad delinean un territorio bien reconocible, una cartografía de la trayectoria —individual— siempre en búsqueda de sus acentos colectivos.

Esta multiplicidad de ocurrencias, que involucra tanto a las industrias culturales como a la investigación académica, habla, simultáneamente, de una recepción multifacética, de una pluralidad de públicos, lectores, audiencias, de un interés sostenido y renovado en los infinitos matices de la narrativa vivencial.

Si bien no es difícil aventurar las razones de esta adhesión —la necesaria identificación con otros, los modelos sociales de realización personal, la curiosidad no exenta de voyeurismo, el aprendizaje del vivir— la notable expansión de lo biográfico y su deslizamiento creciente hacia los ámbitos de la intimidad hacen pensar en un fenómeno que excede la simple proliferación de formas disímiles, los usos funcionales o la búsqueda de estrategias de mercado, para expresar una tonalidad particular de la subjetividad contemporánea.

Es esa tonalidad la que quise indagar en el espacio de este libro. Ese *algo más* que se juega no tanto en la diferencia entre los géneros discursivos involucrados sino en su coexistencia. Aquello común que une formas canonizadas y jerarquizadas con productos estereotípicos de la cultura de masas. Lo que trasciende el “gusto” definido por parámetros sociológicos o estéticos y produce una respuesta compartida. Lo que lleva una y otra vez a recomenzar el relato de una vida –minucioso, fragmentario, caótico, poco importa su modo– ante el propio desdoblamiento especular: el relato de todos. Lo que hace al orden del relato –de la vida– y a su creación narrativa, ese “pasar en limpio” la propia historia que nunca se termina de contar.

Privilegié para ello la trama de la intertextualidad por sobre los ejemplos ilustres o emblemáticos de biógrafos o autobiógrafos, la recurrencia antes que la singularidad, la heterogeneidad y la hibridación por sobre la “pureza” genérica, el desplazamiento y la migrancia por sobre las fronteras estrictas, en definitiva, la consideración de un *espacio biográfico*, como horizonte de inteligibilidad y no como una mera sumatoria de géneros ya conformados en otro lugar. Es desde este espacio –que se construirá en curso de ruta– que propondré entonces una lectura transversal, simbólica, cultural y política, de las narrativas del yo –y sus innúmeros desdoblamientos– en la escena contemporánea.

1. Breve historia de un comienzo

A mediados de los años ochenta, y en el marco prometedor de la apertura democrática, comenzaron a aflorar en nuestro escenario cultural los debates en torno del “fin” de la modernidad que agitaban la reflexión en contextos europeos y norteamericanos. Se planteaban allí las (después) célebres argumentaciones sobre el fracaso (total o parcial) de los ideales de la Ilustración, las utopías del universalismo, la razón, el saber y la igualdad, esa espiral ininterrumpida y ascendente del progreso humano. Una nueva inscripción discursiva, y aparentemente superadora, la “posmodernidad”, venía a sintetizar el estado de las cosas: la crisis de los grandes relatos legitimantes, la pérdida de certezas y fundamentos (de la ciencia, la filosofía, el arte, la política), el decisivo descentramiento del sujeto y, coextensivamente, la valorización de los “microrrelatos”, el desplazamiento del punto de mira omnisciente y ordenador en beneficio de la pluralidad de voces, la hibridación, la mezcla irreverente de cánones, retóricas, paradigmas y estilos.¹

¹ Remitimos aquí a algunos textos clásicos del debate modernidad/posmodernidad de los ochenta: J. F. Lyotard, *La condición posmoderna y La posmodernidad (explicada a los niños)*; M. Bermann, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*; J. Habermas, “La modernidad, un proyecto incom-

pleto”; Perry Anderson, “Modernidad y revolución”; G. Vattimo, *El fin de la modernidad*; N. Casullo (comp.), *El debate modernidad/posmodernidad, etc.* Con énfasis en el plano estético, pueden señalarse la compilación de Hal Foster, *La posmodernidad*; O. Calabrese, *L'età neobarocca*; F. Jameson, *Ensayos sobre el posmodernismo*; G. Lipovetszky, *La edad del vacío*; sin olvidar el papel pionero de la arquitectura, a partir de los que fueran verdaderos hitos: R. Venturi, S. Izenur y D. Scott Brown, *Aprendiendo de Las Vegas*; Ch. Jenks, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. En el ámbito de América Latina, N. García Canclini planteó el debate sobre la multiculturalidad en *Culturas híbridas*. En nuestro medio, Beatriz Sarlo discutió los paradigmas en juego desde una mirada crítica sobre la vida y la cultura urbanas en *Escenas de la vida posmoderna e Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*.

Si en el plano de la expectativa política nuestro contexto difería del desencanto de otras latitudes –había apremiantes valores colectivos y fundamentos a restituir, en términos de justicia y democracia– no parecía haber en cambio gran divergencia en cuanto a la gestión pública de la intimidad. Una paulatina expansión de subjetividades iba haciéndose perceptible en diversas

pleto”; Perry Anderson, “Modernidad y revolución”; G. Vattimo, *El fin de la modernidad*; N. Casullo (comp.), *El debate modernidad/posmodernidad, etc.* Con énfasis en el plano estético, pueden señalarse la compilación de Hal Foster, *La posmodernidad*; O. Calabrese, *L'età neobarocca*; F. Jameson, *Ensayos sobre el posmodernismo*; G. Lipovetszky, *La edad del vacío*; sin olvidar el papel pionero de la arquitectura, a partir de los que fueran verdaderos hitos: R. Venturi, S. Izenur y D. Scott Brown, *Aprendiendo de Las Vegas*; Ch. Jenks, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. En el ámbito de América Latina, N. García Canclini planteó el debate sobre la multiculturalidad en *Culturas híbridas*. En nuestro medio, Beatriz Sarlo discutió los paradigmas en juego desde una mirada crítica sobre la vida y la cultura urbanas en *Escenas de la vida posmoderna e Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*.

narrativas, de las revistas de autoconocimiento a las innúmeras formas de autoayuda, de la resurrección de viejos géneros auto-biográficos a una audaz experimentación visual. Ciertos tonos de la comunicación mediática eran particularmente elocuentes al respecto: no sólo se definían allí las renovadas incumbencias del “estado terapéutico” –las normativas de la “vida buena” al uso–, sino que amplias zonas de la vida privada de funcionarios y notables se transformaban cada vez más en objeto preferido de tematización, tornando por momentos impreciso el horizonte de lo público –en la vieja acepción del interés común y la visibilidad democrática–. Fenómeno no reductible sólo a la cualidad de la “política-espectáculo” –que alcanzara luego en nuestro medio límites difíciles de superar–, sino que iba acompañado de un “repliegue” en la cotidianidad, el cuentapropismo, la exaltación de los valores e intereses privados y el credo de la “salvación” personal, ligado tanto a la traumática experiencia hiperinflacionaria del fin de la década como al incipiente “retiro” –y posterior derrumbe (privatizador)– del Estado de bienestar, en los primeros años de los noventa.

En el horizonte de la cultura –en su concepción antropológico-semiótica– esas tendencias de subjetivación y autorreferencia –esas “tecnologías del yo” y del “sí mismo”, como diría Foucault ([1988] 1990)– impregnaban tanto los hábitos, costumbres y consumos como la producción mediática, artística y literaria. Consecuentemente con el afianzamiento de la democracia brotaba el democratismo de las narrativas, esa pluralidad de voces, identidades, sujetos y subjetividades, que parecían venir a confirmar las inquietudes de algunas teorías: la disolución de lo colectivo, de la idea misma de comunidad, en la mirada narcisística de lo individual.

Fue esa contraposición sesgada, a menudo con tonos apocalípticos, esa “pérdida” del espacio público clásico en su idealizada transparencia frente a la “invasión” de la privacidad, y al mismo tiempo, la innegable atracción que las nuevas formas despertaban en públicos y audiencias, lo que me llevó a interesarme –interés que no dejaba de ser también una inquietud– en el tema, a colocarme del lado “negativo” –y menos abordado– de la antinomia, a tratar de indagar en ese vértice que abría la asociación usual, quizá no del todo lícita, entre “privado” y “privatización”. Y al proponerme tal empresa, que suponía enfrentarme a lo multifacético, a raras aleaciones entre tradición e innovación, lo hacía sin renuncia a transitar los senderos ya señalizados de los géneros canónicos –la biografía, la autobiografía, el informe etnográfico, etc.–, pero no de modo prioritario ni excluyente, sino dando paso al diálogo con esas maneras *otras* de narrar.

¿Era posible mantener la clásica línea divisoria entre público y privado? La expresión de la subjetividad de lo privado –la mostración de intimidad, las

narrativas, los intereses, el “mundo privado”– ¿era necesariamente, en su advenir mediático, una contracara (indeseada) del fracaso de las utopías sociales? Y aun, en ese caso, ¿qué clase de valores se ponían en juego para concitar tal atención? ¿Se trataba simplemente de una exaltación voyeurística, de una banalización de las historias de vida, de un nuevo eslabón en la cadena de la manipulación, o habilitaba algún otro registro convocante de la experiencia humana? ¿Podían postularse, desde un pensamiento de la pluralidad y la diferencia –quizá, el legado más persistente de los enfoques “post”– otras alternativas, otros prismas para la lectura y la interpretación? Estos interrogantes definieron, en un primer momento, el territorio tentativo de mi investigación.

2. La definición del tema

Apenas comenzada, la indagación en torno de las formas que adoptaba el creciente proceso de subjetivación se enfrentó a una heterogeneidad que evocaba aquella cualidad inabarcable del “habla” que llevara a Saussure a decretarla “inalizable”. ¿Dónde “leer”, efectivamente, ese “retorno” del sujeto, esa famosa instauración de la privacidad como interés prioritario de la vida? ¿Cómo distinguir entre formas disímiles, a las que les concierne el mismo objetivo? ¿Qué parámetros privilegiar en un ordenamiento? ¿Cómo compatibilizar registros y estilos? Antes de toda presunción de un corpus se imponía la delimitación de un universo.

A fuerza de observar, de confrontar variables, se fueron perfilando algunos ejes y tendencias prioritarios: la subjetividad que ponían en juego los relatos venía en general “atestiguada” por la asunción del “yo”, por la insistencia en las “vidas reales”, por la autenticidad de las historias en la voz de sus protagonistas, ya sea en el directo de las cámaras o en la inscripción de la palabra gráfica, por la veracidad que el testimonio imponía al terreno resbaladizo de la ficción. Aquella compulsión de realidad que había señalado el célebre concepto de “simulacro” de Baudrillard ([1978] 1984) –resguardo efímero a la devoración mediática–, parecía plasmarse aquí sin descanso en el nombre propio, el rostro, el cuerpo, la vivencia, la anécdota ofrecida a la pregunta, las retóricas de la intimidad. Personalización de la política, como ya había sido observado desde la sociología, que reemplazaba tesis programáticas por viñetas de cotidianidad, viejas y nuevas estrategias de autorrepresentación de ilustres y famosos, pero también vidas corrientes ofrecidas en espectáculo, en el detalle de su infelicidad.

Era la simultaneidad de estas formas, escritas o audiovisuales, la versatilidad de sus procedimientos, en el marco de géneros más o menos canónicos, y

aun, “fuera de género” (Robin, 1996), lo que las tornaba en particular significantes. Narrativas del yo a la vez divergentes y complementarias, cuya enumeración tentativa he esbozado al comienzo de esta introducción.

Así se evidenció la pertinencia de considerar estas formas no sólo en sincronía sino en intertextualidad: más que un mero repertorio de ocurrencias, se imponía una articulación que otorgara sentidos, un *modo de mirar*. Dejando de lado el terreno de la ficción –objeto, para el caso, inabordable–, y rehuendo el comenzar por una forma clásica, “testigo” –¿la autobiografía?– como principio ordenador, la idea de un *espacio biográfico* se reveló altamente productiva, en tanto horizonte analítico para dar cuenta de la multiplicidad, lugar de confluencia y de circulación, de parecidos de familia, vecindades y diferencias. La expresión, tomada en préstamo a Philippe Lejeune (1980), venía así a introducir una delimitación del universo.

¿A qué remitía la nominación “espacio biográfico” de Lejeune? Precisamente, a “un paso más allá” de su intento infructuoso de apresar la “especificidad” de la autobiografía como centro de un sistema de géneros literarios afines. En esa reflexión *a posteriori*, el autor se pregunta si el estudio de un género –al menos en términos taxonómicos, estructurales–, no se limitará en definitiva a dar cuenta de algunos especímenes ilustres o ejemplares, mientras que su productividad excede siempre las grandes obras. Es así que, en mor de la pluralidad, y tratando incluso de aprehender un excedente de la literatura, arriba a la formulación de un “espacio biográfico”, para dar cabida a las diversas formas que ha asumido, con el correr de los siglos, la narración inveterada de las vidas, notables u “oscuras”, entre las cuales la autobiografía moderna no es sino un “caso”.

Pese a su carácter sugerente, no era ese espacio, concebido más bien como un reservorio donde cada espécimen aporta un “ejemplo”, el que convenía a mis objetivos. El préstamo –en verdad casi metafórico–, se abría, en mi proyecto, a otro desarrollo conceptual: una *espacialización*, como señalara más arriba, donde confluían en un momento dado formas disímiles, susceptibles de ser consideradas en una interdiscursividad sintomática, de por sí significativa, pero sin renuncia a una *temporalización*, a la búsqueda de herencias y genealogías, a postular diversas relaciones *en presencia* y *en ausencia*. Al plantearme entonces tal estudio, en su despliegue contemporáneo, en atención a la innovación mediática pero sin renuncia a las inscripciones clásicas, al proponer una articulación no obligada por dotes “intrínsecas” ni jerárquica entre narrativas que podrían a su vez revistar en otros agrupamientos, este espacio biográfico se transformó para mí en un punto de partida y no de llegada, en una dimensión de lectura de un fenómeno de época, cuyo trazado, en virtud de mis propias hipótesis y objetivos, debía ser definido en el curso de mi investigación.

2.1. Del espacio biográfico a los géneros discursivos

Si el interés por dar cuenta, en términos discursivo/narrativos, de las formas de subjetivación que contribuían a la afirmación de una nueva privacidad me había conducido al espacio biográfico, mi indagación no se agotaría en su configuración general. Más bien, en la interactividad de esas formas, en los diferentes soportes y estilos que me era dado confrontar, se dibujaban algunas líneas recurrentes que valía la pena analizar en particular. Así, fue cobrando importancia, entre los diversos registros de la expresión vivencial, la entrevista, un género sin duda predominante en la comunicación mediatizada, que condensa admirablemente los “tonos” de la época: la compulsión de realidad, la autenticidad, lo “directo”, la *presencia*. En la búsqueda emprendida en torno de los nuevos acentos del yo, de ese “retorno del sujeto” que pretendía hacer oír su “propia” palabra, ¿qué mayor proximidad de la voz –el cuerpo, la persona– que aquélla, instaurada por la más antigua y emblemática manera de dialogar, razonar, sacar a luz, *encontrar una verdad*? Si la entrevista había revelado, en el transcurso de poco más de un siglo, su irremplazable cualidad veridictiva, transformando el viejo *modus* socrático en un género altamente ritualizado de la información, su correlativa puesta en escena de la subjetividad, su intrusión en la interioridad emocional y en la minucia cotidiana de las *vidas* –notables y “oscuras”– no era en modo alguno una apuesta menor. Es más, aparecía, en la dimensión sincrónica de nuestro espacio biográfico, como la forma de mayor ubicuidad, capaz de presentar bajo los ojos el abanico completo de las posiciones de sujeto de la sociedad –“encarnado” en sujetos reales–, capaz de recorrer, en su vaivén dialógico, todas las modulaciones de lo vivencial, de la autobiografía a las memorias, del diario íntimo a la confesión. Tal densidad significativa, escasamente abordada por estudios específicos, definió mi interés en esa dirección.

Pero si la entrevista mediática ofrecía un desfile inagotable de vidas públicas –sin perjuicio de interesarse también, en ocasiones, en las vidas corrientes–, otra de sus formas se ocupaba también, con la misma insistencia, de las vidas *privadas* –en su doble acepción–, las que son objeto improbable de autobiografía. Se delineaba así otra vertiente positiva para mi tema, esta vez en el terreno de la interrogación científica: la de los relatos de vida, que inquietaran a las ciencias sociales desde los primeros años del siglo XX, en el intento por aprehender historias y memorias, por dar cuenta del espesor de lo social, y que siguen concitando de manera creciente su atención. En efecto, los llamados “métodos biográficos”, cuyo recurso de la entrevista es casi obligado, ocupan

hoy una posición predominante en la investigación cualitativa, en sintonía con el interés en la voz y la experiencia de los sujetos y con el énfasis testimonial, esa verdadera obsesión de la memoria que los hitos simbólicos del nuevo siglo y milenio no han cesado de estimular.

La curiosidad literaria, la mediática y la científica, y aun, esos dos polos arquetípicos de la experiencia –las vidas “célebres” que son por ello emblemáticas y devienen objeto de identificación y las “comunes”, que ofrecen una inmediata posibilidad de autorreconocimiento– conflúan de esta manera en nuestro espacio, habilitando una mirada excéntrica sobre las nuevas formas en que lo biográfico se integra naturalmente al horizonte de la actualidad. Así, la insistencia en la mostración pública de la privacidad, de todos los tonos posibles de las historias de vida y de la intimidad –en esa hibridación que desafía la frontera entre los géneros consagrados y las reelaboraciones paródicas, irreverentes o banales–, lejos de aparecer simplemente como un despliegue azaroso en la estrategia de captación de audiencias, se investía de nuevos sentidos y valoraciones, trazando figuras contrastivas de la subjetividad contemporánea.

No se trataba por supuesto, en esta trama múltiple que iba revelando nuestro espacio, y menos aún, en el estudio de la entrevista como un género no específico pero empecinadamente biográfico, de volver a la búsqueda de singularidad, al caso “representativo”, a la “esencia” del género entendido como una normativa que “desaloja” el desajuste, el exceso o la contravención. La propia concepción de género discursivo como *heterogeneidad constitutiva*, tomada de Bajtín (*Estética de la creación verbal*, [1979] 1982), desautorizaría semejante pretensión. Era más bien la productividad del *uso de los géneros* en un conjunto amplio de ocurrencias, el diálogo intertextual que suscitaban, su especificidad sólo relativa, sus desplazamientos metonímicos, lo que me interesaba analizar.

¿Qué modelos de vida se despliegan en ese abanico de figuras, célebres y comunes? ¿Qué orientaciones valorativas conllevan las narrativas respectivas? ¿Qué *diferencia* introduce la entrevista respecto de otras formas biográficas? ¿Qué posiciones (dialógicas) de enunciación construye? ¿Cómo se narra la vida “a varias voces”? ¿Cómo se entrama el trabajo de la identidad? ¿Qué distinciones pueden postularse entre “umbrales” de la interioridad –íntimo/privado/biográfico? ¿Cómo se articula lo íntimo con lo público, lo colectivo con lo singular?

Preguntas que trazan a grandes rasgos el camino de mi investigación, camino en verdad poco explorado, en cierta semejanza –y en mayor divergencia– respecto de la narración tradicional de las vidas ilustres, que privilegia los procedimientos retóricos, la exaltación poética del yo, la jerarquización de la escritura, la verificación científica o historiográfica de los “dichos” y apela, por ende, a horizontes de expectativa, también canonizados, para su lectura.

2.2. El corpus del análisis

Si la noción de espacio biográfico me había llevado a delimitar un universo, era ahora la focalización en narrativas mediáticas y científicas la que iba a conducirme a la conformación de un corpus. Atenta al “devenir biográfico” de la entrevista en los medios, y pese a que las ocurrencias de este tipo suelen acontecer en cualquier intercambio, consideré relevante organizar un corpus de cierta homogeneidad –temática, pragmática, del tipo de soporte en cuestión–, tomando varias de las principales recopilaciones en libro –es decir, dotadas de una “segunda vida” editorial– de entrevistas publicadas en los últimos años (con excepciones) disponibles en nuestro escenario actual. De esta selección, recorté luego un conjunto de entrevistas a escritores, que considero doblemente emblemáticas por el mito de la “vida y obra” y por tratarse de quienes *crean* a su vez relatos diversamente autobiográficos, a las que dediqué un capítulo en particular. Un corpus accesorio, que avala algunas afirmaciones que conciernen al campo cultural, está formado por los suplementos culturales de tres grandes diarios (*La Nación*, *Clarín*, *Página/12*), en una periodización amplia, con intermitencias, que abarca el último lustro.

Finalmente, para la indagación sobre relatos de vida, construí otro corpus de análisis; esta vez, de entrevistas biográficas recogidas en el curso de una investigación bajo mi dirección,² que adquirirían también de este modo una “segunda vida”, más allá de los resultados específicos que en su momento habían arrojado. Aquella investigación había abordado la cuestión de una “memoria biográfica”, cuya impronta pareció operar como trasfondo de la oleada emigratoria que en los últimos años de los ochenta, con la hiperinflación, había marcado el “retorno” de descendientes de italianos a la tierra de sus ancestros. En el presente trabajo, y sin desmedro de aquellos objetivos iniciales, los relatos seleccionados vienen a responder, en alguna medida, a los interrogantes aquí planteados, a dar cuenta de ciertos modelos colectivos, a atestiguar de la deriva identitaria, de los curiosos mecanismos de la “puesta en sentido” de una vida a través de la narración bajo solicitud académica. Pero nuestra relectura apunta además a otro de los objetivos de nuestro trabajo: la postulación de una perspectiva de análisis discursivo/narrativo original, que sugiere la posibilidad –y aun la necesidad– de ir, en materia sensible como la biográfica, más allá de los límites de los diversos enfoques contenidistas.

² La investigación “Memoria biográfica e identidad” se desarrolló en el Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, bajo subsidio UBACyT, durante el período 1991-1993.

3. El camino de la investigación

¿Cuál es la relevancia de este tema? ¿En qué campo de cuestiones viene a intervenir y a partir de qué huellas? ¿Qué objetivos, qué aportes se plantea? En primer lugar, su formulación misma constituye un aporte, en tanto involucra una combinatoria inhabitual de aspectos y saberes.

En efecto, mi perspectiva, que se plantea como una indagación sobre la dimensión signifiante en un horizonte cultural determinado, incorpora variables históricas del campo de la sociología y de la filosofía política, de la teoría y la crítica literarias, de la lingüística, la semiótica, la pragmática y la narrativa. Y esta incorporación, en virtud de definidos intereses y objetivos, no supone simplemente una “sumatoria”, sino una *articulación*, es decir, una búsqueda reflexiva de compatibilidades conceptuales –en varios casos, innovadora–, que no sutura por supuesto las diferencias. Perspectiva de análisis cultural que se *especializa*, por así decir, en el último tramo de este trabajo, como *metodología de análisis discursivo*, apta para dar cuenta de los relatos de vida en ciencias sociales.

3.1. Puntos de partida

En tanto las formas que pueden incluirse en el *espacio biográfico* ofrecen, según mi hipótesis, una posibilidad articuladora no sólo sincrónica sino también diacrónica; se impone una búsqueda genealógica que –sin pretensión de “esencia” o de verdad– haga inteligible su devenir actual. Tal búsqueda conduce, de modo inequívoco, al horizonte de la modernidad. En efecto, es en el siglo XVIII, con el afianzamiento del capitalismo y el orden burgués, cuando comienza a afirmarse la subjetividad moderna, a través de una constelación de formas de escritura autógrafa que son las que establecen precisamente el canon (confesiones, autobiografías, diarios íntimos, memorias, correspondencias), y del surgimiento de la novela “realista” definida justamente como *fiction*. El retorno a esas “fuentes” del yo, a esas retóricas y valores quizá reconocibles, no sólo involucró una perspectiva histórica y sociológica (Ariès/Duby, [1985] 1987; Elías, [1977-1979] 1987), que recogía también ecos de ancestros más remotos (San Agustín, 397 [1970] 1991; Bajtín, [1975] 1978; Foucault, [1988] 1990), sino que abrió una doble vertiente de análisis crítico para mi trabajo: 1) las conceptualizaciones filosófico políticas clásicas en torno de las esferas de lo público y lo privado y 2) las de la crítica literaria, sobre las valencias particu-

lares de aquellos géneros, su distinción posible con los considerados de “fiction” y su supervivencia en las formas contemporáneas.

En el primer caso, se trataba de ir más allá de la clásica antinomia entre público y privado, donde uno de los términos conlleva una cierta negatividad (Arendt, [1958] 1974; Habermas, [1962] 1990) para postular, por el contrario, un enfoque *no disociativo* entre ambos espacios, que permitiera considerar la creciente visibilidad de lo íntimo/privado –complejamente articulada, por otra parte, a la invisibilidad de los intereses privados–, no como un *exceso*, una causal desestabilizadora de un equilibrio “dado” sino como consustancial a una dinámica dialógica, e históricamente determinada, donde *ambas* esferas se interpenetran –y modifican– sin cesar. En esa dinámica, según mi hipótesis, lo biográfico se define justamente como un espacio *intermedio*, a veces como mediación entre público y privado; otras, como indecidibilidad.

En el segundo caso, se trataba también de superar los límites de algunos estudios clásicos sobre la especificidad de la autobiografía (Starobinski, [1970] 1974; Lejeune, 1975), como eje de un “sistema” de géneros afines, por la confrontación con otros paradigmas de la teoría y crítica literarias, que nos permitieran llegar a una definición más satisfactoria para nuestros objetivos. Ya aludimos en el apartado anterior a la diferencia cualitativa que supone nuestra concepción del *espacio biográfico*, respecto de la de Lejeune. Vamos a completar ahora ese trazado teórico, en lo que constituye la segunda operación conceptual de nuestro trabajo.

3.2. Articulaciones conceptuales

En el horizonte histórico del espacio biográfico, marcado por el gesto fundante de *Las confesiones* de Rousseau, se dibuja tanto la silueta del gran hombre, cuya vida aparece inextricablemente ligada al mundo y a su época –el ejemplo de Goethe, según Weintraub–, como la voz autocentrada que dialoga con sus contemporáneos (lectores, pares) y/o su posteridad en las autobiografías que aparecen como “modelo” del género, pero también la errancia, el desdoblamiento, el desvío, la máscara, las perturbaciones de la identidad. Es esa diversidad narrativa y no una supuesta homogeneidad genérica la que opera como trasfondo de nuestro espacio que, en tanto se propone incursionar en terrenos poco explorados, requerirá a su vez de nuevas “tecnologías”.

Así, nuestro enfoque incorpora de manera decisiva la teoría bajtiniana de los géneros discursivos como agrupamientos marcados constitutivamente por la heterogeneidad y sometidos a constante hibridación en el proceso de la interdiscursividad social, y también la consideración del *otro* como figura de-

terminante de toda interlocución. El *dialogismo*, como dinámica natural del lenguaje, la cultura y la sociedad –que hasta autoriza a ver de esa manera el trabajo mismo de la razón–, permite justamente aprehender la combinatoria peculiar que cada una de las formas realiza. Por otra parte, la concepción bajtiniana del sujeto habitado por la otredad del lenguaje, compatible con la del psicoanálisis, habilita a leer, en la dinámica funcional de lo biográfico, en su insistencia y hasta en su saturación, la impronta de la *falta*, ese vacío constitutivo del sujeto que convoca la necesidad de identificación, y que encuentra, según mi hipótesis, en el *valor biográfico* –otro de los conceptos bajtinianos–, en tanto orden narrativo y puesta en sentido de la (propia) vida, un anclaje siempre renovado.

Esta interpretación del paradigma bajtiniano en virtud de mi objeto de estudio postula además la confluencia de dos líneas del pensamiento del teórico ruso, habitualmente no consideradas en simultáneo: la del dialogismo y la de las formas literarias biográficas,³ de corte más filosófico/existencial. Esta sintonía, plenamente justificada a lo largo de mi trabajo, ha permitido alcanzar conclusiones más matizadas.

También el aporte de Paul de Man (1984), en cuanto a la idea de un “momento” autobiográfico –más que un “género”– como figura especular de la lectura, susceptible de aparecer en cualquier texto, fue objeto de reelaboración, sobre todo para la aprehensión de esa deriva de motivos y momentos, esos desplazamientos retóricos, metonímicos, que *tienden a lo biográfico* sin “constituirlo”, dinámica nítidamente perceptible en el horizonte mediático, y que la entrevista ha transformado en procedimiento habitual.

Mi dominio de interés integró asimismo otra vertiente de gran productividad, la de la narrativa. En la senda mítica trazada por Barthes ([1966] 1974), sus ecos estructuralistas y “post”, efectué una lectura de Ricoeur (1983, 1984, 1985, 1991) centrada en su analítica de la temporalidad, sobre todo en su visión del tiempo narrativo y de la función configurativa de la *trama* en el relato –de una vida–, para confrontar sus postulados en el funcionamiento del espacio biográfico, proponiendo a mi vez una confluencia con el paradigma bajtiniano al nivel de la ética. En la misma dirección, trabajé su concepto de *identidad narrativa* en relación con las diversas formas de asunción del yo y a las posiciones identitarias construidas en mi corpus de análisis, lo que supuso un interesante campo de “prueba” y experimentación. Fue precisamente la apuesta ética de la narrativa, llevada a un grado sumo en el registro biográfico, la que me permitió encontrar un nexo inteligible para dar cuenta de la “positividad”

³ Nora Carelli (1991), por ejemplo, deja de lado explícitamente el dialogismo, utilizando en su indagación sobre la autobiografía sólo el segundo aspecto mencionado.

que asume, en la reflexión contemporánea, la pluralidad de las narrativas –en tanto posibilidad de afirmación de *voces otras*–, que abren nuevos espacios para lo social, la búsqueda de valores compartidos y de nuevos sentidos de comunidad y de democracia.

Definido el espacio, me interesó abordar el funcionamiento en particular de alguno de sus registros. La elección como objeto de estudio de la entrevista mediática en tanto *devenir biográfico* –pese a que no se la considere habitualmente bajo tal “especialidad”–, fue inspirada por un trabajo anterior, donde había analizado su configuración en tanto género discursivo. En aquella etapa se había perfilado la cualidad (inter)subjetiva del género, su *virtualidad biográfica*, es decir, su peculiar don de inducir, aun en camino hacia otros objetivos, la mostración de la interioridad, la afectividad, la experiencia. Retomando esas líneas profundicé ahora en los temas específicos que aquí se plantean, constituyendo un nuevo corpus, que incluye un agrupamiento particular de entrevistas a escritores.

Este anclaje en una forma mediática de tal relevancia en cuanto a prestigio institucional, públicos y audiencias, me permitió a la vez desplazar ciertos acentos predominantes en algunos análisis sociológicos o mediáticos sobre la expansión de lo privado en lo público, en términos de manipulación o seducción, hacia una interpretación más matizada, que hace pensar más bien en un complejo –y contradictorio– proceso de reconfiguración de la subjetividad contemporánea. Así, el espacio biográfico, tal como lo concebimos, no solamente alimentará “el mito del yo” como exaltación narcisística o voyeurismo –tonalidades presentes sin duda en muchas de sus formas–, sino que operará, prioritariamente, como orden narrativo y orientación ética, en esa modelización de hábitos, costumbres, sentimientos y prácticas que es constitutiva del orden social.

Finalmente, el cuarto momento de mi indagación remite a los relatos de vida en ciencias sociales, que cuentan con una larga tradición de estudios teóricos y trabajos de campo, en un abanico disciplinar multifacético, que va de la antropología a la sociología, pasando por la historia oral y los estudios culturales. No se trataba entonces de construir un “nuevo” objeto sino más bien de abordar críticamente algunos problemas a menudo insuficientemente considerados –sobre todo en lo que hace al tratamiento de *la voz del otro*–, en consonancia con nuestro propio recorrido conceptual. Así, hipotetizamos la *complementariedad* de estos relatos, en el plano del discurso social, con los que se entran en los medios y, por qué no, también en la literatura. Complementariedad asimismo en cuanto a los *usos de la entrevista*, que habitualmente son vistos como extraños uno al otro (los mediáticos, los científicos) pero que, mirados desde esta óptica, revelan una cierta índole común, susceptible incluso de ser aprovechada, en sus múltiples recursos, en la investigación

académica. Consideramos relevante, por otra parte, en esta desacostumbrada sintonía, incorporar en la perspectiva teórica de los llamados “enfoques biográficos” tanto la concepción bajtiniana del dialogismo y la otredad, como una teoría del sujeto que considere su carácter no esencial, su posicionamiento contingente y móvil en las diversas tramas donde su voz se hace significativa. El enfoque narrativo que hemos construido se revela igualmente apto para este empeño.

En el último tramo de mi trabajo realizo el análisis de un corpus de entrevistas biográficas, construido en el marco de una investigación bajo mi dirección. Más allá de lo que en su momento fueran los “resultados” de aquella, en términos de sus objetivos específicos (Arfuch, 1992c, 1996), ese corpus fue retomado aquí en sintonía con nuestro recorrido temático, teórico y metodológico. Tratándose de un corpus homogéneo, en cuanto a la problemática, los personajes y el cuestionario semidirectivo que sostenía la entrevista, me permitió avanzar todavía un paso más hacia el análisis del discurso, en una reelaboración personal a partir de la orientación marcada por la llamada “escuela francesa”. Se integraba aquí naturalmente –como en el análisis de las entrevistas mediáticas–, y además de los paradigmas ya explicitados, la tradición antirrepresentacionista, de Wittgenstein a Austin, sin olvidar a Benveniste, que enfatiza el carácter creador, transformador del lenguaje, las implicancias de la acción lingüística. Así, en este cruce de perspectivas, la narración de una vida, lejos de venir a “representar” algo ya existente, *impone su forma (y su sentido) a la vida misma*.

Mi lectura interpretativa de ambos corpus (entrevistas mediáticas y relatos de vida en ciencias sociales) plantea entonces un salto cualitativo, “un paso más allá” de los enfoques contenidistas tradicionales. Pero lejos de servir simplemente de ejemplos a la teoría, o de “casos” para una descripción, se transforman a su vez, en mi óptica, en *espacios emblemáticos*, tramas culturales de alta densidad significativa, capaces de iluminar, aun en pequeña escala, un “paisaje de época”.

4. Los capítulos

Podemos sintetizar ahora las etapas de nuestro itinerario. El primer capítulo se inicia con un trazado genealógico, relevando los antecedentes históricos de las formas autógrafas devenidas “canónicas”, para continuar luego con la presentación crítica de los paradigmas de la crítica literaria en torno de la autobiografía. Desarrollo luego mi propia delimitación del espacio biográfico contemporáneo, explicitando la concepción de sujeto que guiará mi indagación.

En el segundo capítulo me detengo en la examinación crítica de dos paradigmas clásicos en torno de lo público y lo privado, el de Arendt y el de Habermas, en virtud del peso que ambos otorgan a esta última esfera, que es la que me interesa en particular. Planteo luego una visión no disociativa de ambos espacios, en articulación con la “civilización tecnológica”, para indagar en torno del papel peculiar de las formas biográficas en la constitución de los espacios.

El capítulo tercero propone un recorrido conceptual en torno de la narrativa y la voz narrativa, para culminar con algunas distinciones entre formas genéricas del espacio biográfico. El cuarto está dedicado al estudio de la construcción biográfica que efectúa la entrevista mediática, a través del análisis del corpus construido. Trabajo sobre la noción bajtiniana de *cronotopo*, como investimento temporal, espacial y afectivo que da sentido a la narración, organizando así los diferentes motivos en los que se plasma el relato del yo y de la experiencia personal en la entrevista. Doy cuenta asimismo de ciertas lógicas de modelización que operan de manera específica.

En el capítulo quinto me consagro en particular a un (sub)corpus de entrevistas realizadas a escritores, como caso paradigmático en cuanto a la voz de quienes crean, a su vez, vidas y obras en el trabajo, siempre misterioso, de la imaginación. Señalo así algunos mecanismos específicos que hacen a la configuración misma del campo de la lectura, en tanto *horizonte de expectativa* que involucra a autores y lectores. La trama de las voces elegidas tejerá a su vez, y no por azar, un texto teórico sobre la autobiografía.

En el capítulo sexto abordo un recorrido crítico en torno de los enfoques biográficos en ciencias sociales, enfatizando la necesidad de considerar autorreflexivamente el trabajo con *la voz del otro*, sin descuido de la puesta en juego del lenguaje y de la trama narrativa, pero al mismo tiempo sin ingenuidad respecto de su “transparencia”.

Finalmente, en el capítulo séptimo, analizo el corpus de entrevistas biográficas en torno de la emigración, ya mencionado. El estudio de caso pone en juego una metodología de análisis que conlleva los postulados teóricos explicitados, y que considero un aporte original. Sin embargo, este camino de la lectura también va más allá de sí mismo, para dar cuenta, nítidamente, de ese desplazamiento identitario que se produce en la narración vivencial, ligado aquí a relatos de la emigración, pero que habla, paradigmáticamente, del carácter migrante de toda identidad.